

Trabajo Social con mineros

Alina Véliz¹

Para quienes vemos el sector minero desde afuera resulta todavía un misterio, pero para quienes tenemos la suerte de conocerlo por dentro, éste se levanta como un gran desafío poniendo en juego nuestras teorías, posiciones, convicciones, conductas.

Lograr adaptarnos a alturas de más de 4,500 m.s.n.m., con lluvias permanentes, nevada, barro, viento, tormenta, etc., y todo para llegar hasta la última vivienda del obrero que está ubicada en la zona más alta de los cerros, que son el marco donde se levanta la población minera, es más que un esfuerzo físico, un reto a la conceptualización y metodología del Trabajo Social.

El reto empieza cuando llegamos al campamento y nos convertimos en sujetos observados por obreros mineros, es decir, cómo hablamos, qué decimos, qué pensamos, cómo las tratamos, cómo resolvemos los problemas que nos representan. En este proceso o bien somos aceptados o bien somos rechazados, no hay “medias tintas” y para ambos casos, ellos, los trabajadores tienen sus “propios criterios”: La señorita es “habilidosa” es “chambeadora” es “zurda”, o es “seria”, “no hace nada” ella no nos visita, etc. Es en esta etapa donde consideramos que el asistencialismo cobra su importancia porque permite un contacto directo con el trabajador y su familia. Vale decir, como una gestión con el jefe de Sección para ayudar a resolver sus problemas personales o una cita extrareglamentaria con el médico para atender a su hijo, o un informe objetivo de sus condiciones precarias de vivienda, se constituyen en el lazo primario y fuerte entre el trabajador social y la población e inclusive; cómo vivir juntos el aislamiento, las dificultades de transporte o acompañar un velorio pueden ser altamente valorados por ellos, desarrollando así una relación afectiva. Hecho importante, porque se bien se dan las mejores condiciones de relación humana, al mismo tiempo, absorbe tanto al trabajador social que disminuye su capacidad objetiva para discriminar teórica y metodológicamente los problemas colectivos de los individuales, por un lado como, y por otro, en este contexto el trabajador y su familia no son sino objetos receptores de algún servicio, que si bien son respuestas a una solicitud en base a alguna necesidad, no dejan de ser solo eso, objetos, en la medida en que la relación con ellos es mecánica sin espacios de conocimiento y análisis respecto a lo que “piden” y se “da”.

En ese sentido, el asistencialismo practicado como un acto racional y reflexivo que propició y ahondo el carácter paternalista del quehacer diario, ya se

¹ Trabajadora Social Peruana, con Magister del MLATS de Tegucigalpa, Honduras, que actualmente trabaja en CENTROMIN PERU.

agotó como forma de intervención profesional. Sobre todo, cuando entendemos que nuestra práctica se ubica en el campo del bienestar social y que las políticas sociales que actúan en este, tiene que ver con la salud, la alimentación, vivienda, educación, seguridad social, etc., de la población minera, en este caso en particular.

Es más, descubrir que las políticas sociales de los diferentes regímenes del gobierno en el país, y en su expresión más pequeña en la Empresa Minera, han observado un comportamiento asistencial frente a los problemas sociales del sector obrero quienes acusan mayores niveles de deterioro de sus condiciones de vida; hecho que agudiza cada vez más cuando la distribución presupuestaria preferentemente, se destina a la “producción” disminuyendo los presupuestos que deben destinarse a cubrir las necesidades y demandas de los diferentes sectores de bienestar social y que se manifiesta en el deterioro de los servicios sociales. Es evidente entonces, la cantidad de problemas que aquejan a la población minera, se explica así la carencia de vivienda adecuada, la carencia o insuficiencia de los servicios de infraestructura, el aumento de niños abandonados, la agudización de la crisis familiar, los problemas morbi-mortalidad, agua potable, desagüe, luz eléctrica, etc., en suma, todas las necesidades que deben ser atendidas por las políticas de bienestar.

El análisis y evaluación del quehacer profesional después de una larga jornada de treinta y tres años de existencia en este reconocer que el pragmatismo, activismo y la verticalidad con que nos enfrentamos a esta realidad no nos ha permitido conocerla científica y socialmente para establecer las causas, dimensiones e implicancias de los problemas sociales que afectan a esta población particular.

Ahora comprendemos por qué todos los intentos de cambio se han visto frustrados, especialmente en el aspecto educativo donde el conocimiento subjetivo, fraccionado y abstracto han sido los ejes centrales en su accionar.

Formas elocuentes de este tipo de trabajo son los cursillos técnico manuales como: tejidos, telares, cocina, manualidades, corte y confección, etc., que se ha implementado en estos treinta y tres años, ya mencionados, y todos dirigidos a la mujer, esposa del trabajador. En el mejor de los casos, el haber logrado un nivel técnico en la capacitación manual, con reconocimiento oficial, podríamos considerar un avance dentro de la tónica asistencial paternalista con que se trató siempre la problemática de la mujer.

En este contexto hay que admitir que el culpable no es el trabajador social como individuo puesto que su propia formación fue el tipo aristocrático, manifestada en posiciones de autosuficiencia y “sabedora universal” de la compleja realidad social, con la tendencia a imponer sus criterios a través de sus programas de acción y por tanto, alejada cada vez más de los sectores populares. Es aquí donde encontramos otro problema que debemos enfrentar, las diferentes escuelas de formación de los trabajadores sociales donde se distingue claramente

una orientación que busca básicamente una formación técnica ausente de una teoría social explicativa, por un lado; y por otro una orientación que postula una formación crítica, reflexiva, integral frente a la realidad en la que se ubica el Trabajador Social.

Sin duda, esta diversidad de formación condujo a los trabajadores sociales a asumir una serie de tareas convirtiéndose en los “profesionales orquesta” pues su labor diaria consistía desde distribuir alimentos, obsequiados por Caritas, eliminar animales domésticos, además de multar a los responsables de la crianza, sin comprender la agresión cultural que su actitud significaba para la población, llamadas de atención a aquellos que presentaban algunos problemas de relaciones humanas, además de todas las tareas administrativas sin mayor importancia, actividades deportivas, charlas diversas con la colaboración de diferentes profesionales, especialmente médicos. Pocas fueron las oportunidades donde las trabajadoras sociales asumieron la tarea de educación seria y responsablemente, por la sencilla razón de que el trabajo se desarrolló a partir del conocimiento común, de apreciaciones personales y muy subjetivas, por ello afirmamos que la relación población-trabajador social es vertical y autoritaria. En estas condiciones, inclusive, la comunicación entre población obrera y trabajadora social adquirió un carácter impositivo de las relaciones laborales en la empresa, basada más bien en la sanción antes que el estímulo para el trabajo.

Pues bien, conscientes de nuestro pasado profesional y frente al proceso creciente de deterioro de las condiciones de vida y de reproducción de la fuerza de trabajo, a la indefinición u omisión de políticas sociales de bienestar social y la disminución de bienestar social se plantea la urgente necesidad de cambiar la práctica profesional diaria. Cambio que implica una renovación conceptual y metodología donde el obrero y su familia sean considerados como sujetos de atención.

En este sentido, entonces, es importante investigar, en términos científicos y sociales, sus necesidades y problemas develando las condiciones materiales de su existencia para levantar nuevos proyectos de bienestar social a la vez que permitan definir las políticas sociales así como las instancias encargadas de los diferentes sectores del bienestar a fin de evitar conflictos de política. Esto permitiría que cada sección asuma su responsabilidad con la seriedad del caso en cuanto hay sujetos de atención de por medio y que tienen derecho al bienestar social como una respuesta a haber contribuido a la producción y acumulación de la riqueza social.

Este conocimiento, estudio y análisis de la ciencia social, creemos que no sólo permitiría renovar el proceso metodológico sino que aportaría a la definición de la asistencia como un trabajo específico del trabajador social, vale decir, como un lazo de intervención profesional cual sea el sector en el que se ubique. Este hecho que conduciría a trasuntar los límites del puro asistencialismo nos presentaría, al mismo tiempo, la alternativa de desarrollar un proceso de educación sobre una serie de contenidos pedagógicos, convirtiéndose en el

fundamento real de la vida cotidiana, elevar su nivel social y cultural, incentivar el desarrollo de actitudes colectivas y comportamientos reflexivos frente a sus problemas.

Con el propósito de superar el activismo y la diversidad, el nuevo trabajo tendría que basarse en el planteamiento de políticas de bienestar social sobre las que había que elaborar, diseñar, ejecutar y evaluar proyectos tendientes a atender necesidades inmediatas de la población sujeto de atención de acuerdo a los recursos materiales que ofrecen las políticas de bienestar social que ofrece en momento determinados, por lo menos en la empresa en forma particular.

Es evidente que, el cumplimiento de los objetivos y propósitos tendientes a elevar la eficacia y racionalidad del funcionamiento del Trabajo Social tiene que ver, indefectiblemente con la dirección, organización, coordinación, supervisión y evaluación del quehacer profesional.